

LA MUERTE DE ALEKSEI

Las que hace unos días eran tan solo calles polvorientas, ahora eran caminos légameos, con hedor a muerte y sufrimiento.

(CRÓNICA)

Por: Lerber Dimas

E

El olor a fango era absorbente. La noche de lunes festivo dejaba atribulaciones en aquel pueblo enterrado entre las montañas; el invierno había llegado y con él los rayos y las centellas.

El gran temor –quien lo creyera- eran las crecientes súbitas de los ríos (al menos eso pensaba uno) cuando la cotidianidad era otra o una serpiente venenosa. Nunca la muerte, ¿cómo ibas a temerle si convivías con ella? La danza, también era llamada y no propiamente por representar un festín alegre.

Aleksei, era un tipo corpulento, alto, aserrador tradicional: tenía brazos poderosos y manos repletas de cayos; era alguien con el que nunca hubieras querido cazar una pelea. Hace unos años Aleksei irrumpió en una casa; de un golpe seco derribó la puerta; allí estaba su esposa y en medio de sus piernas desnudas el comandante Ramón.

Había nacido entre las cortezas de árboles aserrados por su padre y su abuelo; no tuvo madre puesto que Raquel, los abandonó a las tres semanas de nacido. Fui criado con leche de chiva –decía-; a lo que Juan, su padre agregaba –también con plátano verde-. El viejo Efraín, su abuelo, replicaba –no olviden la panela-. El caso es que también a los 10 años conoció el aguardiente y desde ese momento no se separaron. Nada podía hacer Juan y Efraín puesto que a los dos esta bebida los llevó a la tumba. Nunca supo de su madre, aunque esta vivía a tan solo unas

(CRÓNICA)

horas de camino. Ni él la buscó, ni ella volvió a verle los ojos.

De Aleksei se tejían muchas historias: que podía romper una rama con las manos, que podía llevar sobre sus hombros una canoa y no era mentira. Desde el amanecer a punta de hacha, sacaba trozos de madera y a punta de serrucho, tablas, tablones y largueros. Era un trabajo duro, de uso excesivo de la fuerza. En una de esas largas jornadas, faena que realizaban los tres, al final del día bajaban de una montaña -era un día de eso en que el sol achicharraba la piel-. El señor Juan se apresuró a cruzar el río -no se reposó, dijo Efraín- y de repente se estaba ahogando. Cuando lo sacaron, no tenía movilidad en las piernas. La extensa jornada, el sofocamiento y el entrar a ese río de aguas frías, habían roto sus vertebras. Nunca más volvió a caminar.

Desde su silla de ruedas artesanal todos los días miraba a la montaña, justo donde habían transcurrido todos los años de su vida y frente a él, la impotencia, el duelo y desconsuelo. Eso desboronó al viejo Efraín que en su afán por darle tranquilidad se sentaron a beber: a los cinco días, los dos yacían muertos. Aleksei, esta vez con unos 20 años, nuevamente estaba solo en la vida.

A la mañana subió a los más alto de la montaña y de allá trajo tablas de Cansanegro: madera de la mejor calidad y la de mayor durabilidad. Resistente a las acción del agua y de la tierra. Con ella construyó los dos ataúdes.

La arremetida de la violencia en aquel pueblo era implacable, Aleksei, siguió cortando madera de Cansanegro y haciendo más féretros, la mayoría de ellos era para regalarlos a las viudas o las huérfanas de ese pueblo. Casi todos los días había un entierro y su principal proveedor era el comandante Ramón.

A la señora Abigail le mataron a su esposo -don Carlos-. Un certero disparo fusil, separó la masa encefálica de la bóveda craneal. Alicia podría tener, para ese entonces, unos 20 años; era una mujer atractiva, blanca y de mirada profunda. El comandante Ramón ese día estaba de malas pulgas -decían las personas que fueron citadas a esa reunión- había bebidos durante dos días y la intranquilidad advertía el consumo de alguna sustancia alucinógena.

¡Todos se quedan parados antes la presencia del comando! -gritó un tipo de los que llevaban fusil-. Pero había sol y la osteoartritis aguda que padecía don Carlos le imposibilitaba estar en pie. Quizá si el comandante Ramón hubiera sabido que los cartílagos que amortiguan los huesos no estaban, no hubiera interpretado el hecho, de que don Carlos se sentara, como una afrenta a su disciplina. La trompetilla de cañón humeando, fue la razón para que nadie se sentara más en las reuniones que después precedieron.

Aleksei desde niño sintió una fuerte atracción por Alicia, quizá por eso fue y recogió el cadáver y lo metió entre tablas de Cansanegro. Así lo llevó al rancho donde vivía. Al día siguiente fue sepultado. Todo transcurrió sin mayor pena ni gloria; un muerto más, un olvido más.

Abigail desde la enfermedad de don Carlos debió asumir el sostenimiento del hogar. Alicia empezó a frecuentar a Aleksei y en él encontró refugio. A los dos meses ya vivían juntos: la soledad de los dos los unió. Para Aleksei no había algo más puro que el amor de su mujer: era su primera experiencia en ese campo, vivía feliz en medio de tantas tribulaciones.

La llegada del invierno -del intenso abril- regocijaba a los pájaros y los ríos se vestían de alegría; se llenaban de caudal.

Alicia salió como de costumbre a lavar la ropa sucia al río. Ese día no usó sostén -solo tenía uno y aprovechó para lavarlo-. Detrás de su blusa había unos senos, cóncavos, redondos, firmes y de gran tamaño. Alguien le contó al comandante Ramón que andaba siempre a la caza de cualquier mujer que pudiera satisfacer sus deseos sexuales.

Se metió al río y entre la ropa sucia y la lavada tomó el cuerpo Alicia. Ella quedó impávida; no hizo nada; no musitó una sola palabra. Era el asesino de su padre y ahora parte de él estaba dentro de su cuerpo. Recogió la ropa y se fue.

Sabiendo que se iba a volver a repetir este hecho, le suplicó a Aleksei que se fueran a otro pueblo; lo amaba y no podía permitir que el comandante Ramón lo fuera a matar para quedarse definitivamente con ella. Solo encontró la negativa de alguien cuyo universo era esa montaña.

Al día siguiente madrugó a su faena. Siempre regresaba al final de la tarde pero ese día olvidó la lima con la que afilaba los dientes del serrucho. Debíó regresar para no perder la jornada de trabajo. Al no encontrar a su mujer en la casa, preguntó por ella a la vecina quien le señaló el cuartel del comandante Ramón. Derribó la puerta y de un solo puño le rompió el tronco encefálico al comandante Ramón, por poco le desprende la cabeza: lo mató en el acto. Luego besó a Alicia, la ayudó a cambiar y salió con ella de la mano. Sabía que lo iban a matar. La llevó hasta su casa: se despidió de ella con llanto.

Esa tarde me tropecé con una escena dantesca. Ante mis ojos la figura de un hombre desvalido y humillado: erguido y sin miedo: rumbo a la desaparición; a una muerte segura. Abrí los ojos y percibí el horror de estar allí. Nos despedimos, asqueados uno del otro. Nunca más lo volví a ver. ■